



Entre el primer triunvirato y el principado de Augusto, tuvieron lugar muchos combates en la ciudad, muchas guerras civiles en el imperio, muchos asesinatos y proscripciones por todas partes. El senado no es más que una sombra y la república una palabra. En los campos de batalla, en donde los triunviros concluyen sus querellas entre sí ó contra sus enemigos, la lucha aumenta singularmente. Por tierra, el partido llamado republicano fué desde luégo vencido; por mar, adonde se refugió, el senado y la república murieron. Pero no es esto todo. El Oriente sacó la espada contra el Occidente; las naciones orientales rodearon á Pompeyo y Bruto, y se colocan también á las órdenes de Antonio. Véase entónces un ensayo de separacion, como se verificó tres siglos más tarde entre las dos partes del imperio. Por lo demás, en todos estos conflictos se mezcla la sangre de las naciones; las razas reunen sus costumbres, sus odios, sus religiones. Por las guerras civiles que introdujeron los pueblos en la república, así como por las proscripciones que habian extendido la república entre las naciones, se prepara la unidad.

El imperio romano fué verdaderamente un imperio universal.

No eran tales los imperios de Babilonia, de Asiria ó de la India: estas monarquías se resumen en paseos militares, sin influencia durable. El imperio de los Ramsés de Egipto tiene completamente el mismo carácter, como no fuera el centro, que era ménos oriental, y la marcha, que fué más regular. Á primer golpe de vista, podría creerse que el trabajo de unidad habia retrocedido bajo Ciro, porque entónces sólo el Oriente se encontraba reunido; pero no reunia sus fuerzas sino para atacar el Occidente. El Occidente se vengó de la conquista de Alejandro, y entónces desde la Macedonia hasta el extremo de la India no fué más que un imperio.

El imperio romano fué más occidental. Pero para ser considerado como universal, no hay necesidad que confundiese todas las naciones de la tierra bajo su espada: su influen-

cia se extendia por todas partes y dominaba por todas partes. Embajadores de la India y de la China fueron á adorar á Augusto. En el momento en que este poderoso monarca cerró el templo de Jano, daba la paz á todos y decidia de la suerte universal. El águila con sus extendidas alas daba sombra al mundo.

Ante este inaudito espectáculo, los hombres se admiraban. Cada cual estaba en expectativa.

Vagos ruidos corrian en Oriente, y envejecidas tradiciones se despertaban hasta en el fondo del Occidente. Todos los errores, todos los vicios, todos los crímenes tienen su representacion en la gran ciudad. Naturalismo de Oriente, egoismo de Occidente, sensualismo y orgullo, politeísmo en las masas, panteísmo en las inteligencias escogidas, es decir, disolucion completa: hé aquí lo que ha hecho el hombre por todas partes. Es tiempo de que la verdad descienda.

Esta verdad no puede ser un privilegio.

Roma ejerce su influencia sobre toda region; sin embargo, su conquista no es reconocida por todas partes, y además, fuera de su imperio se encuentran todavía muchas nacionalidades. Tampoco fué en Roma donde «el Verbo se hizo carne.»

En la extremidad del imperio romano hay un pequeño pueblo apenas subyugado, singularmente reacio al yugo, increíblemente despreciado de todos, y al cual confiscó el senado sin vacilar; pero su territorio no es inaccesible á los partos, y su poblacion se extendió en todo el Oriente así como en todo el Occidente. En medio de este pueblo judío, que despertado por los macabeos, volvió á caer insensible á los piés de los asmoneos, la verdad también no se presenta ya sino dividida en un infinito número de sectas y velada de humanas fantasías y de razonamientos filosóficos. Basta de ley, basta de profetas, basta de creyentes.

Dios se retiró y el hombre pudo ver adónde le conducen la razon, la fuerza y el genio: á las sombras y tiranías del paganismo.

CAPITULO III

El imperio á la muerte de Alejandro.—Los sucesores de Alejandro.—Mision de Alejandro.—Los dos reyes: Filipo Argendo y Alejandro Argus.—Distribucion de las satrapías entre los generales.—Regencia de Pérdicas.—La Grecia á la muerte de Alejandro.—Sublevacion contra la Macedonia.—Reduccion de la Grecia; muerte de Demóstenes.—Grandeza y caída de Pérdicas.—Nueva division de las provincias.—Regencia de Antipater y de Polispercon.—Libertad y toma de Aténas: muerte de Focio.—Olimpias; su lucha y su muerte.—Preponderancia de Casandro y de Antígono.—Liga contra Antígono.—Seleuco en Babilonia: era de los Seleucidas.—Matanza de la familia de Alejandro.—Guerra entre Casandro, Antígono y Ptolomeo.—Los generales de Alejandro se proclaman reyes.—Demetrio en Grecia.—Nueva liga contra Antígono.—Batalla de Ipsos.—Division del imperio de Oriente.—Ptolomeo en Egipto.—Seleuco en Babilonia.—Nueva lucha de Demetrio.—Sitio y toma de Aténas; invasion del Peloponeso; conquista de la Macedonia.—Pirro, rey de Epiro.—Demetrio en Macedonia.—Liga contra Demetrio.—Nueva division.—Muerte de Ptolomeo: fundacion de la dinastia de los Lagidas.—Seleuco en el Asia Central.—Guerra entre Seleuco y Lisimaco.—Victoria de Seleuco y su muerte.—Desmembracion definitiva del imperio de Alejandro.—Disolucion general.

FUENTES: Justino, lib. XIII. XV y siguientes; Diodoro de Sicilia, lib. XVIII. XIX y siguientes; Pausanias, *Atica*, *Elida*, *Fócida*; Plutarco, *in Eumene*, *Demetri*, *Pyrrho*; Polibio, lib. II, etc.; y entre los modernos, Vaillant, *Seleucidarum imperium*; Heeren, *Manual de historia antigua*; Saint Martin, artículos de los Ptolomeos, en la Biografía universal; Champollion-Fegeal, *Anales de las Lagidas*; Visconti, *Iconografía griega*; Poirson y Caix, *Compendio de historia antigua*; Daruy, *Historia de la Grecia antigua*, etc.

Alejandro ya no existía. Aquel hombre, que habia recorrido los confines de la tierra, y que se habia hecho señor de tantas naciones (1), se sintió turbado en su hora postrera, y dirigiendo entónces una mirada hácia el porvenir, comprendió los muchos desastres que su muerte prematura anunciaba para aquel tan vasto imperio.

Su familia, que la componian seis mujeres, enemigas por su posicion y de diferente origen, dos hombres, uno imbécil y el otro bastardo, eran incapaces de poderle suceder (2). La esperanza en el niño que Rojana llevaba en su seno era muy incierta; ¿y qué significaba además un tierno niño en la cuna en presencia de

(1) Macabeos I. 1, v. 1.

(2) Eran éstas: Olimpias, su madre; Cleopatra, Te-salónica, Euridices, sus hermanas; Statira y Rojana, sus mujeres; Filipo Arrideo, su hermano; y Hércules, bastardo de Alejandro.

tan vasta dominacion apenas establecida y no consolidada? La ambicion embozada de sus generales, hombres de arrojo, de valor y de intriga, estaba para estallar al rededor de la cama mortuoria solicitando con avidez la herencia del moribundo: «¿Á quién dejais el imperio?» le decian.

Los lazos con que momentos ántes tenian encadenado al mundo eran ahora muy débiles, y amenazaban romperse tan luégo como su mano dejara de sujetarlos. La ruina y la disolucion eran inminentes; á su consideracion se apoderó de su alma una grande desesperacion, y juzgando que sus amigos celebrarían su muerte con grandes combates, pronunció, ya casi sin ánimo, aquellas palabras que más tarde fueron nuevo germen de discordia: *El imperio para el más digno*.

El imperio debia quedar abandonado sin que nadie pudiera poseerle. ¿Quién, en efecto,



se sentía suficientemente fuerte para continuar la obra de Alejandro, ó por lo ménos conser- varla?

¿Qué genio tan intrépido podría dominar con ventaja los acontecimientos y trastornos que habian de tener lugar á su muerte, restableciendo para su provecho aquella unidad que sólo Alejandro pudo establecer, y cuyo destino iba á desaparecer con su vida? ¿Qué hombre tan valiente y aguerrido iba á mandar aquel ejército victorioso de Asia y hablar como superior á aquellos generales que no reconocian más jefe que el dios triunfador del Oriente? ¿Qué medio emplear para contener todas aquellas rivalidades que necesariamente habian de estallar al romperse para siempre la espada macedónica que hasta entónces los habia tenido humillados? Como dice el libro sagrado, hubiera sido necesario un héroe, ante cuya presencia el mundo hubiera podido mantenerse en aquel mismo temor; un hombre al cual Dios hubiese dicho como á Ciro: *Te doy poder sobre los reyes de la tierra.*

Mas no era este el designio de la Providencia.

La mision de Alejandro habla concluido; habia ya terminado la lucha de los dos mundos. La dominacion asiática en el Occidente habia llegado ya á su término: este era el límite de su poder. Genio destructor, habia paseado sobre toda la haz de la tierra aquel ejército victorioso, pero no le era dado constituir Estados. Todo el esfuerzo de su poder debia reducirse en fundar á duras penas algunos pequeños reinos, desunidos, desorganizados, que no vivirian sino para espirar pronto bajo el golpe de la espada romana. Así se preparaba la unidad de la fuerza material; y allí donde los sabios no veian más que disputas de príncipes, contiendas de ambiciosos, antipatías de pueblos, allí debia tener lugar el cumplimiento indefectible de los decretos divinos y de la regeneracion universal.

Sin embargo, cada uno de los generales de Alejandro se creyó *el más digno*, y por consiguiente, el predestinado para regir el imperio.

Apénas habia muerto el rey, los jefes se reunieron en su palacio en Babilonia, y allí

hubo un verdadero desórden. Pérdicas era el más arrogante de todos; amigo del monarca, habia recibido su anillo en el lecho de muerte, por lo cual se creia heredero de su genio y continuador de sus proyectos. Este hombre activo, hábil y poco escrupuloso en la eleccion de los medios, ganó á unos, intimidó á otros y consiguió que se reconociera al hijo que daría á luz Rojana, gobernando él durante la menor edad del príncipe con el carácter de regente.

Pero el ejército era tambien un poder; él, que habia vencido al mundo, se creia tambien *el más digno*. Comprado por Pérdicas, la caballeria queria al hijo de Rojana; la falange y Meleagro proclamaron á Arideo, hermano del conquistador, que tomó el nombre de Filipo. Hubo, pues, dos reyes.

Todo el peso del imperio recayó en un niño de tierna edad y sobre un imbécil.

Pérdicas estaba satisfecho, pero tenia que reprimir todas las ambiciones. En el consejo de Babilonia, el hábil Ptolomeo, orador de dulce palabra (1), propuso la reparticion del imperio entre los generales de Alejandro, por lo que se le alejó, cediéndole el Egipto y el África con el título de satrapía, miéntras que Leonato tomó el Helesponto y parte en la regencia, Antipatro y Cráteres otra parte y el despacho de los asuntos de justicia del Occidente: Antipatro contuvo la Grecia durante toda la conquista. Otros treinta y cuatro fueron enviados á otros tantos gobiernos: Antígono y Eumenes recibieron el Asia Menor; Lisímaco la Tracia y el Helesponto; Neoptolomeo, Laomedon y Pithon las provincias persas del Centro. Las satrapías del Norte y las del Mediodía y toda el Asia Oriental se dejaron á los nacionales que el conquistador habia establecido allí; y sobre todos, Meleagro y Pérdicas, encargados del Oriente, dominaron á nombre de los dos reyes. Filipo, Arideo y Alejandro Aigus eran verdaderos príncipes araganes.

Con sólo considerar esta organizacion, se comprenderá que el imperio habia desaparecido. El Oriente estaba ya casi abandonado; los

(1) Diodoro de Sicilia.



griegos se concentraban en el Asia Menor, y los Estados recientemente sometidos sólo esperaban el momento oportuno para sublevarse y separarse, y los generales sátrapas marcharon á sus destinos con la intencion formal y decidida de hacerse independientes. No era en verdad el anillo de Pérdicas el que podia imponerles respeto, y sin embargo nada le costaba afirmar su autoridad.

Contando con el apoyo del ejército, da principio por asesinar á Meleagro, vengándose así de la proclamacion de Arideo y desembarazándose de un colega. Con semejantes disposiciones estallaron inmediatamente las guerras, y entónces fué cuando se extendió por toda la tierra el diluvio de males de que habla el libro de los Macabeos (1).

Alejandro habia establecido colonos griegos en la Alta Asia; el mal del país se apoderó de ellos, y un dia se armaron en número de 23.000 y se pusieron en camino para Europa. Pithon recibió orden de combatirlos; queria ganarles y apoyarse en ellos. Su ejército, que habia recibido órdenes secretas del regente, les asesinó á todos (323).

Pérdicas se daba prisa por contener la Grecia.

La muerte de Alejandro produjo en Grecia una verdadera explosion de alegría. El partido macedónico no queria darla crédito: *Toda la tierra percibiria el olor de un cadáver tal*, decia Temades, orador ateniense; Focion, por más que no viera en la muerte de Alejandro más que *un hombre ménos en el ejército macedónico*. Aténas se consideraba siempre la reguladora del mundo. Gritaban por la libertad, por el recuerdo de las batallas de Maraton y de Salamina, marchaban en gran número y desordenadamente al encuentro del desterrado Demóstenes que volvia de Egina, y enviaban embajadas á todas las ciudades: «Cuando vemos llevar leche de burra á una casa, decia el macedonio Pitheas, desde luégo afirmamos que en ella hay algun enfermo; del mismo modo, cuando en una ciudad se halla una embajada de Aténas, es prueba de que aquella ciudad está

en mal estado.—Efectivamente, replicó Demóstenes, nuestras embajadas son como la leche de burra, curan las enfermedades» (1).

El entusiasmo hizo que se formara un ejército; los pueblos de Tesalia, de la Grecia Central y del Peloponeso se pusieron en movimiento. Llenos de orgullo los lacedemonios, observan y permanecen neutrales como siempre. Aténas proporciona 5.000 hombres, armas, oro y un general. Todo marchó al principio maravillosamente, Leostenes, cuyas empresas, *semejantes á los cipreses, eran grandes, pero sin frutos*, empezó por batir á Antipatro, el viejo general de Alejandro, y le encerró en Lamia. Se dió mucha importancia á esta victoria; pero los macedonios no tenian más que 10.000 soldados de malas tropas.

Pérdicas habia enviado desde el Asia á Leonato, tanto para desembarazarse de él como para auxiliar al regente de Macedonia; pero murió sin conseguir que Leostenes abandonara el sitio de Lamia. Antipatro estaba reducido al último extremo y pedia proteccion. Focion, horrorizado de tantos triunfos, decia: *¿Cuándo acabaremos de vencer?* Cráteres desembarcó en la Grecia, y al mismo tiempo Clito derrotaba en dos encuentros á la flota helénica. Por último, los 10.000 veteranos de las guerras del Asia, y los 1.000 honderos de Persia derrotaron en Cranon á los batallones confederados. Desde entónces acabóse la libertad de la Grecia, como dice Polibio.

Antipatro, que poco há suplicaba con humildad, hablaba ahora con altanería. Habia halagado (2) á las ciudades de Tesalia y cayeron en la tentacion; redujo á los demás pueblos á la obediencia y los trató como á vencidos. Demades y Focion no pudieron salvar á Aténas y perdió su tan querida democracia; todo el que no tenia 2.000 dracmas fué excluido del derecho de ciudadanía. El pueblo bajo salió de la ciudad, y 12.000 atenienses se apoderaron desgraciadamente de las poblaciones pequeñas de la Tracia; podria decirse que esto era casi el sistema de cautividad del Oriente. La Acró-

(1) Plutarco, Demóstenes.

(2) *Ibid.*, *ibid.*

(1) *Et multiplicata sunt mala super terram*, lib. I.



polis recibió guarnición macedónica, y fueron expulsados Hipérides y Demóstenes. Antipatro mandó asesinar al primero; el grande orador se envenenó en Calauria en el templo de Neptuno, al tiempo que los satélites del regente forzaban su asilo. «Antipatro, dice Plutarco, era enemigo de toda virtud y muy cruel.»

Después de haberse apoderado de Atenas nadie se resistió, excepto los etolios; este pueblo de bandidos se retiró á sus montañas y cansó á los macedonios con su heroica defensa. Por otra parte, Antipatro debía volver al Asia.

Pérdicas era terrible; para dar la Capadocia á Eumenes, acababa de exterminar á Ariarath y toda su real familia, y quería casarse con Cleopatra, hija de Filipo y hermana de Alejandro, lo cual era un paso para el trono. Además desempeñaba el papel de verdugo para con todos los sátrapas, acusando ante el ejército, unas veces á Antígono que resistía sus órdenes, otras á Ptolomeo que trabajaba por formarse un reino en Egipto.

Los generales se alarmaron, temían por la suerte de Meleagro, y la ambición hizo lo demás. Antígono se salvó en Macedonia; el interés común unió á Antipatro y Crateres, y Ptolomeo se agregó á ellos desde el centro del África. Pérdicas hace frente al peligro, apoyándose en la autoridad de los reyes y en el sacrificio de Eumenes.

Este, que era hijo de un arriero de Tracia, á quien Filipo y Alejandro habían educado á su lado, guardaba á sus señores y maestros una fidelidad á toda prueba, y los salvó, incluso Pérdicas.

El peligro era grande; Neoptolomeo hizo traición y recibió al desembarcar á Antipatro y Crateres. Este era adorado por los soldados, porque siempre fué el campeón de sus reclamaciones cerca del monarca. Eumenes marchó contra él, le espera en el Asia Menor y le da muerte, destrozando completamente á su ejército.

El regente triunfaba; pero le perdió su orgullo. Marcha sobre el Egipto y se ve detenido por los pantanos de Pelusa; pero obliga á sus soldados á avanzar sin escuchar ninguna

queja. Á consecuencia de esto estalló una sublevación y fué asesinado en su propia tienda. Todo su ejército se declaró en favor de Ptolomeo y le ofreció la regencia; pero el sátrapa de Egipto era muy hábil para aceptarla, y lo que hizo fué condenar á muerte á todos los amigos y partidarios del vencido.

Entonces tuvo lugar una nueva división. Filipo Arhideo y Pithon fueron regentes: éste hizo dimisión poco después en favor de Antipatro. Las provincias de Eumenes se dieron á Antígono; Arhideo recibió la Frigia; Seleuco, general de la caballería, Babilonia. Proscripciones y usurpaciones; hé aquí la obra de Ptolomeo.

Faltaba ejecutar la sentencia. Antígono se encargó de despojar á Eumenes; era muy natural que él se aprovechára de su herencia. Perseguido y batido en Orcynium, el proscrito fué encerrado en la ciudadela de Nora. Los otros amigos de Pérdicas fueron vencidos y despojados por Antígono, y Ptolomeo quitó á Leomedon la Judea, la Fenicia y la Celesiria.

Antipatro llevaba el título de regente y se creyó destinado á realizar el ideal de Pérdicas. En vano Olimpias, su enemigo personal, se había refugiado en el Epiro con Rojana y el pequeño rey Alejandro; en vano los otros generales, indignados de sus altanerías, se reunían contra él. Antipatro se rodeó del resto de la familia real, socorrió á Eumenes, el fiel defensor de los alejandridas, y colocó á su hijo Casandro en Asia para vigilar á Antígono. Pero la muerte le sorprendió y dejó la tutela y la regencia al viejo Polispercon (320).

La lucha se había diferido. Con menos talento y la misma pretensión, Polispercon, apoyado en el ascendiente que aún se atribuía á la familia de Alejandro, quiso dominar en Grecia y Asia. Se fía de Eumenes y le nombra comandante general del Asia Menor; pero pronto se le opondrán todos los demás generales. Casandro, hijo de Antipatro, indignado porque su padre le había dejado en segunda línea, huye de Macedonia y se une á Antígono. Pero Antígono era entonces hombre verdaderamente temible, y dominaba casi despó-



ticamente en Asia. Arruinar á Antígono y apoderarse de la Grecia que todavía pertenecía á Casandro, hé aquí lo que Polispercon debió hacer desde el principio.

Entonces se verificó un espectáculo que llenó de alegría á los helenos. Un heraldo de Macedonia llegó á Atenas y proclamó la libertad, el gobierno democrático y el indulto para los desterrados. La alegría llegó á su colmo y la reacción fué terrible; la tropa de Casandro no pudo resistir y fué echada de la ciudad. Foción, el virtuoso Foción, murió en esta revuelta; en su tumultuosa asamblea, el populacho le condenó, y cuando marchaba al suplicio le insultó y escupió en la cara. Los atenienses no habían variado, eran, como siempre, inconstantes, cobardes y crueles.

Tres días después vino el castigo; Casandro desembarcaba en el Epiro, la flota de Antígono tomaba la ciudad, una guarnición entraba en el puerto de Muniquia, y Demetrio Falereo gobernaba la ciudad convertida nuevamente en aristocrática y macedónica.

Polispercon, lejos de acobardarse, marcha hacia el Peloponeso; pero Megatópolis, la ciudad de Epaminondas, detuvo todos sus esfuerzos, y sus tropas y sus elefantes fueron inútiles. De todas partes recibía malas noticias: Clito y la flota real habían sido derrotados por las galeras de Antígono, y la Macedonia estaba en conmoción; el odio de dos mujeres producía allí una revolución. Eurídice, mujer de Arhideo había levantado tropas para impedir la vuelta de Olimpias, la altiva madre de Alejandro; Polispercon apoyaba á la última.

Las dos rivales se encontraron en las orillas del lago Lichnidus; las dos mandaban en persona sus ejércitos y exhortaban á sus soldados. Cuando estaban á punto de venir á las manos, Olimpias sale de repente de las filas, se coloca entre los dos ejércitos, les enseña á Rojana, al joven Alejandro, y todas las huestes se colocaron en su derredor. Eurídice, abandonada, huye; Arhideo es perseguido á flechazos, y la cruel Olimpias manda á su rival un veneno, una cuerda y un puñal; Eurídice vendó las heridas de su esposo y se estranguló con un cenidor. Ésta fué la señal de las proscripciones,

en las que murieron de muerte violenta los principales macedonios.

Todavía duraba allí la venganza. Casandro acudió desde Tejea de Arcadia, á la que sitiaba, y mientras que su lugarteniente arroja á Polispercon de la Tesalia, él sitia á Olimpias en Pidua, la obliga á rendirse y ordena su suplicio. La reina enseñó á verter la sangre de Alejandro, y pagó su lección.

Después de esto, Casandro se creyó único dueño de todo y se casó en Tesalónica con una hermana de Alejandro, encerrando á Rojana y á su hijo en una fortaleza.

Todo iba mal para el partido real y para el regente. Inútilmente Eumenes había derrotado á Antígono en Pasitigris (317); su ejército, compuesto de sátrapas altivos y de tropas descontentas é indisciplinadas, le faltó en el momento decisivo. Penecestas le hizo traición y los argyraspidas, batallones *con escudos de plata*, veteranos de las guerras de Alejandro, cuyos soldados contaban 60 años el que menos, le vendieron también para recobrar los bagajes que Antígono había tomado. Esta traición les aprovechó poco; entregados al sátrapa de Aracosia, perdieron todos la vida y sus haciendas. El desgraciado Eumenes fué condenado á muerte por Antígono, al mismo tiempo que Olimpias moría, condenada por Casandro. El más fiel de los servidores de Alejandro no sobrevivió á su familia.

Realmente los señores del imperio fueron entonces Casandro y Antígono; el uno en Grecia, y en Oriente el otro. Degollada su familia, asesinados sus generales, destruidos sus veteranos, la ruina del imperio se precipitaba. Después de todo esto, la oligarquía de los treinta sátrapas no podía sostenerse. Evidentemente Casandro, Antígono y Ptolomeo aspiraban á ser reyes; el partido real no era más que un fantasma, digno apenas de llamar la atención de los generales.

Casandro dispensó á Polispercon toda su protección, y el regente se sostuvo oscuramente en el Peloponeso.

Por encima de todo se destaca la figura del soberbio y ambicioso Antígono. Hacía mucho tiempo que el vencedor de Eumenes marchaba